

entusiasta de la libertad. Ingenuo, altivo, convencido, puro como un ala de paloma, su vida es la bondad y la energía mismas. Jamás una sombra empañó la blancura inmaculada de su existencia. Es un verdadero santo laico del calendario republicano de América. ¡Su virtud es una virtud de ejemplo! Su sinceridad es la honradez misma. Ingenuo y entusiasta, místico y ardoroso en sus ideales, su espíritu y su corazón reflejan sus ideas como el agua clara de una fuente copia el cielo azul. Y, en el fondo de ese cielo, la estrella de la fe más ardiente ilumina su vida como un sol.

I

De un Conspirador á un Pipiolo

Lamennais, ese extraño iluminado por el más ardiente misticismo que haya incendiado un alma durante el siglo XIX, escribía a la condesa de Senfft, su amiga y confidente, en Febrero de 1834, poco antes de dar a la estampa sus "Paroles d'un Croyant": "Plus je vais, plus je m'émerveille de voir a quel point les opinions qui ont en nous les plus profondes racines dépendent du temps ou nous avons vécu, de la société ou nous sommes née, et de mille circonstances également passageres. Songez seulement a ce que seraient les notres, si nous étions venus au monde dix siècles plus tot ou, dans le même siècle, a Téhéran, a Bénarés, a Taiti."

Antes de penetrar en la vida atormentada de Bil-

bao y antes de estudiar también los alcances de su obra, es preciso pesar reposadamente la profunda verdad que encierran las palabras ardientes del solitario de La Chesnaie. Sobre todo es cierta, profundamente cierta, en escritores como el autor de la "Sociabilidad Chilena", escasamente originales y que, además de reflejar las angustias y las aspiraciones de su época, refractan a los espíritus más fuertes: sus doctrinas, sus enseñanzas, sus exaltaciones. Bilbao, nacido en la época de la Refórma, hubiera sido un secuaz ardiente de Lutero, como a haber vivido en la Francia del 79 se hubiese hecho un exaltado jacobino. Venido a la vida en época azarosa para el libre pensamiento en América; hijo del último rincón tocado por la bandera de Castilla, luchó contra la tradición, hizo guerra sin cuartel al catolicismo y a la política, erró a través de países lejanos, como un soñador, como un lunático atormentado por la más brava locura.

La juventud de Francisco Bilbao se desenvuelve en el segundo cuarto del siglo XIX, como una exaltación ardiente del liberalismo de su época. Más liberal que su maestro Lastarria y más ardoroso que sus modelos mismos, Edgard Quinet y Lamennais, su adolescencia y su pubertad son un simpático grito de rebelión, un esfuerzo de audacia y un gesto de valentía. La acción de su intelecto ardoroso ante la barrera de sus enemigos, el partido conservador

y los monarquistas, hace pensar en la isocrónica constancia de la gota de agua cayendo sobre la piedra. Su convencimiento es tal que, aún cuando se siente solo en sus instantes de vacilación, se lanza de lleno a una labor que antes que los laureles le había de ganar las espinas para su blanca frente de soñador. Templado su espíritu en el yunque de las más duras adversidades, es un pequeño Atlante fatigado con el Orbe de su Quimera sobre los hombros. La desgracia llega a él, le acecha y no le abandona: turba su tranquilidad, le aleja de los suyos y le obliga a probar el pan del destierro durante agrios años de lucha. En el exilio su padre, arrojado él del Instituto Nacional, perdida la paz del hogar, su carácter se acuña duramente, como una medalla de bronce, en los moldes del infortunio. Sin embargo, a pesar de las amenazas, de las vacilaciones de los suyos y de la incertidumbre dolorosa con que ante sus ojos se abre el porvenir, es admirable la orgullosa entereza de sus veinte años, altivos hasta la soberbia, fieros, rudos, puros y evangélicos hasta el sacrificio. La virtud de su honradez y de su franqueza es un alto ejemplo de civismo. Su vida es un ardiente apostolado. Sus convicciones día a día se fortifican mientras sus locuras de soñador cada vez tienden más alto el vuelo. La bondad ingenua de su espíritu es tanta que la realidad misma se deforma ante sus ojos. Su amor por la verdad es co-

mo un airón plantado en medio de un campo hostil, azotado por las rachas furiosas de todas las latitudes.

Nace Francisco de Sales Bilbao el 9 de Enero de 1823, en Santiago de Chile. Su padre, don Rafael Bilbao, contaba el recuerdo vivo de su ascendiente francés en el amor con que siempre cultivó su gusto por las lecturas de los mejores escritores de la Enciclopedia que, por aquellos años, nadie aún miraba con buenos ojos. En efecto, su madre, doña Josefa Beyner era hija de don Juan Antonio Beyner, (1) ("químico de profesión—escribe don Miguel Luis Amunátegui—minero por especulación, maquinista y fundidor en caso necesario" (2) que tomó parte en la célebre conspiración de Berney y Gramusset de 1780, intento frustrado para darle a Chile un Gobierno independiente. Entonces tuvo ocasión Beyner de conocer muy de cerca a su coteráneo Antonio Alejandro Berney, hombre culto y prestigioso, profesor de latín en el Colegio Carolino, gran lector de Rousseau y de la filosofía inglesa. Aunque en los preparativos para la conspiración la parte de Beyner se reducía solamente a la

(1) Don Miguel Luis Amunátegui habla de don Juan Agustín Beyner, que no puede ser otro que el mismo don Juan Antonio, a que se refiere don Manuel Bilbao.

(2) MIGUEL LUIS AMUNATEGUI.—"Los Precursores de la Independencia de Chile".—Vol. III.

fabricación de la pólvora y de los armamentos, hubo de concurrir a dos de las frecuentes reuniones secretas celebradas por los conspiradores, entre quienes figuraba el grande y nunca bien ponderado don José Antonio Rojas. Desgraciadamente, la traición de Saravia anticipó el fracaso del movimiento y mientras Berney y Gramusset tenían un triste fin embarcados desde el Perú con rumbo a España, el uno arrojado al mar y el otro deshecho en la mazmorra de un calabozo, Beyner se vió condenado a ausentarse de la tierra hospitalaria de Chile.

Así, pues, el padre de Bilbao tenía por herencia directa de su abuelo materno el bautismo y energía de un hombre de corazón que estuvo a punto de quemar su vida en las garras de la justicia por conspirar en el primer intento de independencia chilena. Y, si la magnitud del intento no correspondió en la aventura a la mezquindad del fin traidor, es menester recordar en la tradición gentilicia de Bilbao la sombra de su abuelo, rudo aventurero dispuesto a vender muy cara su vida en bien de una causa altísima. Tal vez, como recuerda don Miguel Luis Amunátegui, la muerte obscura de los conspiradores contribuyó a que el olvido mantenga entre sus sombras uno de los primeros y más ardorosos intentos de movimiento libertario republicano, fracasado en la última posesión de los dominios castellanos. Si el suplicio de Berney y Gramusset hubiese tenido como

teatro la plaza de Santiago, acaso el recuerdo de tal empresa viviría hoy en una página ardiente de nuestra historia.

En 1819 casó don Rafael Bilbao con doña Mercedes Barquín, en Buenos Aires, metrópoli en la cual se estableciera cuando huyó de Chile, en compañía de otros emigrados santiaguenses. Quiso su buena estrella depararle por compañera de su vida a una mujer que si no era portento de cultura poseía, en cambio, un carácter firme y una inteligencia clara, ("mujer llena de espíritu y de imaginación amplia y abundante"—la llama Vicuña Mackenna).

(1). Con felicidad supo ella conservar siempre en su hogar la llama viva del más honrado cariño para un esposo que, en su existencia constantemente agitada, necesitaba el consuelo de su afecto sereno, como un lenitivo para calmar el dolor de aquella herida eternamente abierta en su corazón por la muerte de sus tres primeros hijos.

Ardientemente partidario de las ideas liberales y entusiasta como patriota, jamás dejó de pensar don Rafael Bilbao en su patria distante, atribulada entonces por las disensiones intestinas y por la ruda guerra de la Independencia. De regreso en Santiago, en 1822, se entrega por entero a la causa que, desde entonces, erigió en franca norma de su ac-

(1) VICUSA MACKENNA.—*Relaciones Históricas*. 1.

ción de hombre libre. Caído O'Higgins del poder, se organiza el partido pipiolo, compuesto de la mayor parte del elemento liberal antes disperso. En él formaban todos los hombres cuyas doctrinas negaban el imperio de la tradición en las instituciones republicanas. "De consiguiente, el partido conservador—escribía don Federico Errázuriz—era el enemigo natural del partido liberal, que pretendía remover desde sus cimientos las instituciones del coloniaje, para sustituirlas con otras más adelantadas y más conformes a nuestra forma republicana (1). En la constituyente de 1828 formó parte don Rafael Bilbao: terció en sus debates doctrinarios, proclamando el derecho de la soberanía popular y el culto puritano de toda ley que sea voluntad del sufragio universal. ("Don Rafael Bilbao fué miembro de la Constituyente y Congreso—escribe don Federico Errázuriz—y en ella se hizo notar por su radicalismo en ideas") (2). Más tarde, después de las turbulentas agitaciones que sacudieron al país, y ya en el Ministerio Portales, la dictadura civil obliga a los más ardientes liberales a desertar de la lucha política o a dejar el terruño. Una nueva época de ostracismo le obliga a don Rafael Bilbao a abandonar el país en com-

(1) FEDERICO ERRAZURIZ.—*Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828*.

(2) FEDERICO ERRAZURIZ.—*Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828*.

pañía de su hijo Francisco, a la sazón de once años de edad. Ya en Lima el bravo caudillo liberal, se reúne con los emigrados chilenos: Freire, Uristondo, Pascual Cuevas, Escanilla, y fraguan el plan de liberar a la patria del Gobierno de Portales, intento que se resuelve en el último recurso de una expedición al Sur de Chile, donde se organizará un ejército que marche a Santiago a derrocar al Ministro pelucón. Fracasada esta en las costas mismas de la patria, caen prisioneros sus organizadores, y el destierro viene nuevamente a rematar aquel intento de audacia y coraje.

Tal es la vida del padre de Francisco Bilbao: odisea de energía y de entusiasmo; ardiente amor por la causa liberal y patriotismo honrado y decidido. Conspirando siempre, sufriendo las adversidades del destierro, su existencia fué un ejemplo de alta virtud cívica para el hijo que no haría más tarde que exaltar la herencia varonil de los entusiasmos de su padre. En semejante escuela de civismo se troqueló su espíritu; y, luego después, la disciplina de sus varias lecturas había de completar la obra iniciada en el hogar por el ejemplo. Se pensará que en la existencia de Francisco Bilbao presidió el hada de la energía y del convencimiento: desde el abuelo hasta el nieto un mismo pensamiento ata tres existencias como un hilo de oro; la libertad es la norma de esas tres vidas; la libertad que acariciaron en sueños, en el peligro, frente a la muerte misma.

II

Espejo de una juventud ardorosa

Hay juventudes duras y perfectibles como el diamante. El tiempo pasa a través de la piedra preciosa multiplicando su pureza y, a medida que el roce de los años limpia su corazón de cristal, la virtud de su brillo crece en el seno de la tierra hasta que el ojo avizor del minero descubre su luz en la entraña oscura. Tal sucedió con la adolescencia del joven revolucionario Francisco Bilbao. Su vida se desenvuelve en el estudio, al amor del hogar, sin otros contratiempos que los sinsabores que le acarrearán a su padre las frecuentes persecuciones y destierros. Nada turba la serenidad de su espíritu ansioso de cultura; hasta que un día la primera publicación seria y extensa que brota de su pluma, exalta su per-

sonalidad en alas del escándalo. Entonces la piedra preciosa ha quedado en descubierto.

De la obra de Bilbao como estudiante restan algunas páginas de muy escasos méritos, que apenas si son un reflejo de la incertidumbre ideológica por que atravesara el principiante: la larva que en su metamorfosis siente que poco a poco le nacen las alas. Mientras estudiaba en el Instituto Nacional su curso de derecho, de latín y de filosofía, con maestros como Bello, Lastarria y López, compuso numerosos artículos de índole sociológica y tradujo la obra de Lamennais *De la esclavitud moderna*.

La influencia de Lastarria y López contribuyó grandemente en su orientación filosófica. A los veinte años había leído ya Bilbao las obras de Rousseau, de Cousin, de Gibbon, de Dupin, de Volney, de Vico, de algunos enciclopedistas y, sobre todo, el Evangelio y los libros más varios de historia, crítica religiosa y filosofía política. "En esa época—escribe Lastarria—él tenía pasión por la historia y todos sus trabajos eran de este género, y tenía una tendencia filosófica muy marcada". (1). Su voracidad intelectual crecía con su cultura, de modo que no es extraña la frase siguiente, que recuerda haber oído en sus labios su propio hermano don Manuel: "Deseo la muerte para satisfacer en el seno del Eterno

(1) Carta de Lastarria a don Manuel Bilbao.

cuanto hoy ignoro". (1) Era estudiante también cuando una feliz casualidad le procuró la lectura del primer libro de Lamennais, que tan profunda impresión había de dejar en su espíritu adolescente. "Salía del colegio—refiere—una tarde de verano, hora de quietud y silencio en la ciudad, abrasada por un cielo refulgente... Me encaminaba a ver a Pascual Cuevas, que vivía oculto y perseguido. Estaba leyendo una obrita, y al verme me dijo:—hé aquí, Francisco, lo que te conviene;—era *El Libro del Pueblo*, de Lamennais. Me leyó un fragmento, le pedí la obra, y desde entonces la luz primitiva que fecundó la *Araucana* de Ercilla, recibió en mi infancia la confirmación o la revelación científica del republicanismo eterno, que recibí en mi patria independiente y con la palabra de mi padre".

Como estudiante Bilbao no descolló con extraordinaria precocidad, tal vez porque antes que un impresionista o un dechado de memoria, era un reflexivo tímido. Celoso partidario del racionalismo filosófico, buscaba ardientemente un consuelo para el torbellino de sus dudas y de sus claudicaciones espirituales. Enemigo de todo tradicionalismo, miraba con horror las instituciones consagradas por un uso secular y rutinario; ardoroso partidario de la juventud liberal que se formaba en las aulas del Instituto y entusiasta

(1) MANUEL BILBAO.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos*.

admirador de los nuevos escritores que constituían la *Sociedad Literaria de Santiago*, comenzó a figurar Bilbao a la edad de veinte años en aquel movimiento político e intelectual que tan agrias horas de desconcierto le había de acarrear más tarde al gobierno en la lucha ardorosa del liberalismo. Llamado a colaborar en *El Crepúsculo*, envió su primer trabajo la *Sociabilidad Chilena*. Desgraciadamente, el escrito promovió tamaña algarada entre las autoridades, que éstas tomaron cartas en el asunto y rápidamente Bilbao se vió acusado y procesado por el delito de blasfemo e inmoral.

En el seno de la sociedad de Santiago del año cuarenta y cuatro cayó dicha publicación como guijarro de fuego en un charco tranquilo. Hirvieron las opiniones en torno, se exaltaron los ánimos, llovieron las maldiciones hasta tal extremo que la autoridad eclesiástica de Santiago hubo de prohibir a los párrocos rurales la libertad de excomulgar a su antojo al autor. El Gobierno favoreció abiertamente las alarmas de quienes atacaban con chismes y murmuraciones a aquel muchacho indefenso, de veintiún años, apasionado y varonil como un joven héroe de leyenda. ¿Qué mayor gloria podía desear un escritor casi adolescente para su triunfo y su nombre? ¿Qué más que el escándalo y la exaltación de sus impugnadores? Bastaba que hubiera sido acusado para que la amistad de los suyos tejiera a su alrededor un

cercos de acero en su defensa y para que intentaran vengarle de los ultrajes de sus enemigos. De la noche a la mañana Bilbao se hizo célebre, escritor discutido y mártir de las ideas nuevas. El 24 de Junio acordó el Consejo de la Universidad separar a Bilbao del Instituto Nacional, privándole de poder asistir a sus clases (1); la parte del periódico que

(1) En la interesante monografía *El Instituto Nacional*, escrita por don DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR, encontramos las proposiciones aceptadas unánimemente por el Consejo de la Universidad en sesión extraordinaria de 24 de Junio de 1844.

Dicen las proposiciones segunda, tercera y cuarta como sigue: "Que se prohibiera a don Francisco Bilbao seguir concurriendo a las clases del Instituto, y aún entrar en el establecimiento.

Que don Guillermo Blest quede suspenso de sus funciones como profesor de medicina, hasta que, en vista de la explicación que diere de su conducta en el día del jurado, se tomen las providencias que se estimaren justas sobre su separación.

Que se ordene al rector del Instituto practicar una averiguación acerca de los alumnos de aquel establecimiento, mayores de quince años, que hubieren tomado una parte activa en el vitoreo a Bilbao que tuvo lugar el día del juicio contra el artículo de *El Crepúsculo*, previniéndolo comunique al Consejo el resultado de sus investigaciones, para tomar las providencias convenientes."

Después de transcribir algunas notas interesantes, agrega don DOMINGO AMUNATEGUI:

"Como ha podido observarse, don Manuel Montt y don Antonio Varas dejaron hacer, pero no contribuyeron con sus votos a la persecución contra Bilbao. En cambio, don Andrés Bello, no vaciló en sacrificar a su discípulo, que lo había sido durante varios años, en aras del fanatismo religioso y político de la sociedad en que vivía. Sin embargo, Francisco Bilbao conservó siempre cariño y estimación por el sabio maestro". DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR. *El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas (1835-1845)*. Vol. II, 1899.

contenía el escrito suyo fué quemada por mano del verdugo; la prensa conservadora le condenó llamándolo hereje y blasfemo; y, por fin, no faltó quien insinuara la idea de hacer recaer sobre el joven escritor un castigo severo que le sirviere de escarmiento futuro. Mas, la actitud de sus partidarios y amigos y del pueblo que asistieron el día de su presentación ante el Tribunal Calificador, no sólo le ampararon con francas simpatías sino que contribuyeron a cubrir rápidamente los mil doscientos pesos de multa a que fué condenado Bilbao. “Pagada la multa,—escribe don Manuel Bilbao—el pueblo pidió que se le entregaran los jueces” (1). Enardecida la multitud con el naciente prestigio de Bilbao y con el gesto bizarro de su abierta osadía, hizo de él un ídolo. La juventud del escritor no podía menos que entusiasmarla hasta el delirio. Nuestras multitudes se impresionan fácilmente en favor de quien sabe llegar hasta ellas apelando a los gestos de audacia. Y la palabra viva y elocuente de aquel muchacho de grandes ojos azules y cabellera soñadora, no podía menos que arrastrarla en una gran oleada de admiración y simpatía. Además, Bilbao se mostró ante sus jueces en actitud levantada y varonil, convencido de que su causa era la causa de la libertad y la causa del pueblo. La lectura de la Biblia y de los libros de Lamennais le había enseñado el arte de escribir en afo-

(1) MANUEL BILBAO.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos.*

rismos y sentencias lapidarias, parecidas a los versículos. El tono sentencioso y su actitud irrespetuosa le granjeaban las opiniones de la juventud y del pueblo. Demasiado comprendía Bilbao que un arranque subversivo ante la autoridad vale más que cien razones para ganar partido entre las masas. Así, pues, ante el juez y el fiscal que oían la defensa suya contra la acusación de su escrito, Bilbao se muestra altivo y desdeñoso, seguro de sus fuerzas y de las simpatías de quienes le escuchan. “Ahora, señor fiscal, ¿quién sois, vos que os hacéis el eco de la sociedad analizada;—dice haciendo su defensa—que os oponéis a la innovación, parapetado en las leyes españolas, qué crimen cometéis?—El juez (campanillazo). Señor, Ud. no viene a acriminar al señor fiscal.—Bilbao. No acrimino, señor juez, clasifico solamente. La filosofía tiene también su Código, y este Código es eterno. La filosofía os asigna el nombre de retrógrado. Eh bien! innovador, he aquí lo que soy; retrógrado, he aquí lo que sois”.

A no haber mediado este proceso ruidoso en el cual más que de enjuiciar a un escritor se trataba de ahogar con severo correctivo, el nacimiento de ideas perturbadoras para la tranquilidad del Estado, la obra de Bilbao hubiera tenido una resonancia mucho menor y al cabo de un mes nadie se hubiera acordado de ella. Para la sociedad de Santiago, profundamente conservadora, la *Sociabilidad Chilena* tuvo el carácter

de un insulto audaz que era menester lapidar con la intervención de las autoridades. ¿Cómo dejar en el silencio aquella invectiva audaz que iba dirigida contra “una religión dominante que nadie se hubiera atrevido a atacar hasta entonces a cara descubierta,—según escribe don Zorobabel Rodríguez,—una ley que castigaba la heregía como un delito gravísimo y una sociedad cuyos sentimientos estaban en el más perfecto acuerdo con las prescripciones legales” (1), y que formaba la unidad de su sociabilidad arbitraria? Ardiente y convencido de sus ideales revolucionarios, hijo espiritual de Rousseau y fiel intérprete de las primitivas enseñanzas del cristianismo, la juventud apasionada de Bilbao soñaba en una era de libertad y de fraternidad de la cual debía ser él su profeta y su apóstol. Y, en tal sentido, es preciso reconocer que el naciente liberalismo chileno le debe a su obra gran parte de los avances que logró realizar en los años 44 y 45, pues aún cuando Bilbao había partido a Europa, quedaba grabado en los corazones de la juventud chilena, el recuerdo de su obra audaz y entusiasta, precursora de futuras cosechas de verdades y heredera directa del racionalismo francés y de los por aquel entonces olvidados avances del pensamiento español que encarnan los Saavedra Fajardo, los Jovellanos y los Feijóo.

(1) ZOROBABEL RODRIGUEZ.—*Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas.*

III

La primera obra

Escrita entre los veinte y veintiún años la *Sociabilidad Chilena* da la medida de los estudios emprendidos por Bilbao y de la influencia que ejercieron sobre su espíritu las obras de Cousin y Dupin, de Lamennais y de Vico. Celoso partidario de sus doctrinas, soñaba ver implantadas en su país las reformas que aquellos pensadores aplicaban a los organismos de los viejos estados europeos. *El Contrato Social* del hurano ginebrino, le hacía pensar en las excelencias del derecho primitivo, mientras las lecciones de su maestro muy amado Vicente Fidel López le hablaban muy alto de las disciplinas del derecho positivo y del racionalismo moderado. Su amor por el pueblo, cuya regeneración y libertad constituyeron el eterno desvelo de su vida, le hizo odiar